



## Capítulo 10

Compiadores  
Hugo H. Rabbia  
Gustavo Morello, sj  
Néstor Da Costa  
Catalina Romero

**La religión como experiencia cotidiana:  
creencias, prácticas y narrativas  
espirituales en Sudamérica**



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO  
EDITORIAL



Universidad  
Católica del  
Uruguay

306.6 R5 La religión como experiencia cotidiana : creencias, prácticas y narrativas espirituales en Sudamérica / Hugo H. Rabbia, Gustavo Morello, S.J., Néstor Da Costa ... [et al.], compiladores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial ; Córdoba, Argentina : Editorial de la Universidad Católica de Córdoba ; Montevideo : Universidad Católica del Uruguay, 2019 (Lima : Aleph Impresiones). 218 p. : il. ; 21 cm.

Bibliografía: p. 209-218.

D.L. 2019-08229

ISBN 978-612-317-497-2

1. Religión y sociología - América Latina - Ensayos, conferencias, etc. 2. Pluralismo religioso - América Latina 3. Religiosidad 4. América Latina - Religión. I. Rabbia, Hugo H, 1980-, compilador II. Morello, Gustavo, S.J., 1966-, compilador III. Costa, Néstor da, compilador IV. Pontificia Universidad Católica del Perú V. Universidad Católica de Córdoba (Argentina) VI. Universidad Católica del Uruguay

BNP: 2019-087

*La religión como experiencia cotidiana: creencias, prácticas y narrativas espirituales en Sudamérica*  
Gustavo Morello, Hugo H. Rabbia, Néstor Da Costa y Catalina Romero, compiladores

De la presente edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

© Educc - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba  
educc@ucc.edu.ar

© Universidad Católica del Uruguay  
isor@ucu.edu.uy

Maquetación: Gabriela Callado  
Arte de tapa: Sofía García Castellanos

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método fotográfico, fotocopia, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico sin la autorización expresa y por escrita de los propietarios del copyright.

Primera edición: julio de 2019  
Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-08229  
ISBN: 978-612-317-497-2  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361900666

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.  
Jr. Riso 580, Lince. Lima - Perú

## BEATRIZ

### «MUCHAS GRACIAS POR DARME VIDA»

*Gustavo Morello, sj*

Beatriz nació y ha vivido toda su vida en Córdoba, de un nivel socioeconómico medio, jubilada, con estudios terciarios incompletos. Se puso de novia con Diego, su esposo, en el verano de 1964. Han estado juntos «hasta el día de hoy. Con idas y venidas, ¡no creas!». Tienen tres hijos, uno viviendo en el exterior, y dos nietos que ayudan a cuidar.

Su rutina empieza a eso de las ocho de la mañana, cuando se levanta y trata de rezar el rosario. «Soy muy creyente, agradezco lo que tengo», dice. Al rato pasa uno de sus hijos quien le deja al nieto más pequeño para que lo lleven al jardín de infantes un poco más tarde. Luego, ellos buscan al niño y a su hermana, que entró al colegio un rato antes. Los nietos se quedan en su casa hasta la tarde, cuando vienen los padres a buscarlos. Hace poco, su nieta (de ocho años) tomó un rosario y se lo puso como collar. Ella la deja hacer, «no se lo voy a quitar». Beatriz cree que decidirá cuando crezca: rosario o collar. La mamá de la pequeña es agnóstica.

Los fines de semana, cuando hacen las compras con Diego, se toman un café. Es un tiempo de descanso entre los compromisos familiares o las cenas con diferentes grupos de amigos, que marcan los días libres. Tiene grupos de amigos creyentes y otros que «no creen en nadie». No le gusta que en este último grupo a veces algunos «tiren temas como para agredir».

Beatriz pasó los veranos, y muchos fines de semana de su infancia, en una casa familiar en las sierras al norte de Córdoba. Su papá, abogado y profesor, rezaba el rosario durante los viajes en auto, con toda la familia. Vivían en barrio Alberdi. Asistían a la iglesia «al frente de la Plaza Colón» (Parroquia María Auxiliadora, a cargo de la congregación salesiana). Beatriz, hasta los 18 años, iba a misa regularmente, incluso

durante la semana. «Me sentía tan bien... era como un tiempo mío, ¿viste?». En la adolescencia participó en grupos de Acción Católica, «no por creyente (...) era por todos los chicos y chicas que iban». Allí fue donde conoció a Diego. Después de 50 años, aún conserva amigos de aquel grupo, «seguimos con la misma creencia», afirma.

Se casó con 23 años, Diego tenía 24. Su padre murió poco antes de casarse. Para Beatriz casarse significó dejar sola a su mamá, dolida con su viudez y a cargo de su hermano Queto, quién padecía síndrome de Down. Una tía, hermana de su mamá, fue una consejera muy importante para tomar esta decisión. Al poco tiempo, su mamá, con un cuadro depresivo complicado, y Queto, se fueron a vivir a una casa al lado de la suya. Beatriz perdió su primer embarazo, «para mí fue espantoso». Nunca planificó quedar embarazada, «nunca nos cuidamos, llegaban así como una lotería, ¿viste? Pero claro, cada vez una noticia de embarazo era una fiesta».

Beatriz cree en Dios, y se sigue identificando como católica. En las conversaciones que tuvimos con ella durante el invierno de 2016 nos contó que la Virgen y San Antonio son sus «amigos especiales». San Antonio la ayuda a encontrar cosas perdidas. Sus hijos no heredaron la devoción al santo, pero le piden a ella que interceda: «Mamá, ¿le podés pedir a tus amigos?». Habitualmente lleva una cruz en la cartera, y tiene un rosario que era de su madre, en la guantera del coche, «como una póliza de seguro». El rosario se lo regaló a su mamá una tía que era monja. La mamá lo tuvo debajo de la almohada durante su enfermedad, y de allí lo recogió Beatriz. Si alguien influyó en su religiosidad, esa fue su mamá «porque era muy creyente sin ser fanática», con sentido común. Entendía la realidad más allá de la idea de «castigo» y cumplimiento ritual. Solía ir a la iglesia del Carmen, en Colón y Cañada, «y nos llevaba a nosotros». A Beatriz siempre le gustó ese templo. Lo visitaba regularmente, cada vez que iba al centro de la ciudad a hacer algún trámite. Pero su rutina cambió, al centro ya casi no va, y dejó de visitar esa iglesia. En cambio, con Diego, una vez al mes van a la gruta de la Virgen de Lourdes en Alta Gracia, a unos 40 kilómetros al sur de la ciudad. «Me siento cuidada yo, cuidados mis hijos, cuidada mi familia». También le reza a la Virgen del Valle, una devoción que heredó de su padre. A ella le pidió en dos ocasiones por la salud de dos de sus hijos, cuando eran bebés. Y la Virgen los sanó. «En situaciones límites he tenido como respuestas (...) Esos son todos mis motivos espirituales».



La participación en las misas de Nochebuena y Pascua sirven para reunir a la familia en torno a lo religioso, por eso han sido y siguen siendo muy importantes para ella. Pero no se siente tan cómoda con los curas, las monjas u otros ministros religiosos. Tiene parientes curas y monjas, pero desconfía. El celibato le da mala espina: «los tendrían que dejar casarse». No le gusta que pasen ni los evangélicos, ni testigos de Jehová o mormones tocando la puerta de su casa; se siente invadida. Sí le gustan las misas televisadas del Padre Ignacio («que es un padre muy mediador, ¿viste? Sanador»), y la visita que hizo a un templo mormón de la ciudad. Entrar a la sinagoga sigue siendo un sueño pendiente.

Su hermano Queto, muerto hace algunos años le sigue mandando señales: el dinero para pagar una deuda, una pluma o una piedra blanca cuando necesitan una señal, o como una presencia especial en la casa o donde estén. Siempre cerca de alguna fecha relevante, un cumpleaños, aniversario o algo así. «Son experiencias espirituales», afirma.

La Virgen, los santos, su hermano y madre difuntos son intermediarios, «mediadores» los llama Beatriz, que sirven para abrir caminos, presentar oportunidades. Mientras, el trabajo de Dios es proveer y proteger. Sobre todo, proteger. «Me siento protegida y me siento como agradecida a lo que tengo». A Dios le agradece por la vida, por los hijos, por estar cuidada. Dios, «una luz bondadosa, una luz que te abraza», se comunica con señales: «Palpar lo que estoy pidiendo (...) Es sentir. Muchas veces digo: gracias Dios mío que me has protegido hoy».

Cuando le pedimos que nos mostrara un objeto relevante en su vida, Beatriz eligió varias cosas que le recordaban a su infancia. Un viejo fonógrafo de su padre, una biblioteca que la conectaba con su madre, un mortero de madera, y un cuadro de unos setenta centímetros de alto del Sagrado Corazón de Jesús:

...es una imagen que está desde el año 1900 en la casa de mi abuela, estaba en la habitación de mi mamá y de mi tía. Cuando muere mi abuela también se separan todas las cosas de la casa de mi abuela, y esa imagen la lleva mi mamá y la pone en el dormitorio nuestro, de mi hermana y mía. Yo tendría ocho años. Y ahí quedó en mi dormitorio. (...) Y en mi niñez cuando nos portábamos mal, la forma que está pintado el rostro te da la sensación de que te sigue con la mirada. Y bueno cuando nos portábamos mal mi mamá nos decía: «¡Los está mirando, los está

siguiendo, los está mirando por la espalda, se están portando mal!». O sea que en esa época le teníamos miedo. Y más de una vez nosotros cerrábamos los ojos y decíamos: «no nos mires, no nos mires». Y mi mamá de la otra pieza: «los está mirando, se portan bien». O sea que ¡lo usaba como represión la mamá! Pero no, lo demás es todo lindo. Hasta que yo me caso, mi hermana se casa, cada uno se va para su lado. Entonces mi mamá dijo: «¿quién se lleva el cuadro?». ¡Yo! Y lo traje, lo tuve yo, después lo traje y lo puse acá en mi casa. Beto tenía dos o tres años, le hablaba al cuadro... ¡Vos vieras cómo le hablaba cuando era chiquito! «Yo no te pienso rezar», le decía, «yo te voy a explicar mis cosas y te voy a decir que muchas gracias». Desde chiquitito, tres años. «Yo no te voy a rezar, pero yo te voy a contar, yo te voy a contar mis cosas». Entonces toda la vida hasta el día que se fue de viaje él [vive en España] se despidió en su idioma. Según él me decía: «yo no rezo, yo le cuento cosas mías». Y ya tenía 30 años. Y siempre, hasta el día que se fue de viaje, él pasaba por ahí hablaba un ratito, se persignaba y se iba. Es de él. Y bueno, la vez pasada saqué una foto y se la mandé y él la tiene en fotito a la imagen. Pero él sabe que esa imagen es de él, porque eso lo conquistó, ¿viste? Fue como que mi abuela se la dio a mi mamá, mi mamá me la dio a mí, y seguirá después para el que está en España, me lo pidió el que está en España. Él lo quiere. (...) Me siento protegida, cuidada, y me gusta tenerlo ahí [en un pasillo, frente al dormitorio]. A la vista al público, no. Es muy privado esto. [A casa] puede venir gente que no sea católica que le moleste, entonces no podés. (...) Porque no, te vuelvo a decir, no quiero que nadie se sienta como (...) que le estoy golpeando la puerta para que me escuche. (...) Lo otro es mi pasillo, privado ¿viste? (...) No es un fanatismo, yo no es que estoy todo el día «¡Ay!» [hace un gesto de mirar al cielo] Al contrario, me levanto, le digo «muchas gracias por darme vida...».

